

LA IGLESIA, ACERCA DEL TERRORISMO

Periódicos, radios y pantallas de televisión están siendo estos días plataforma y altavoz de la agria polémica suscitada en torno a las recientes declaraciones del obispo de San Sebastián, monseñor Setién. No predomina, lamentablemente, la medida, ni el equilibrado sentido de responsabilidad que sería exigible, por parte de todos, a la hora de afrontar un problema tan crucial para la convivencia civilizada como el del terrorismo. Unos parcializan y seleccionan las frases que les parecen más desacertadas; otros reducen injustamente toda la Iglesia —de la que ellos mismos forman parte— ya a uno o dos obispos, sino a lo que uno o dos obispos dicen, y ni siquiera a todo lo que dicen, y se apresuran a deducir irresponsables e injustas consecuencias de ello, a la vez, que se erigen en profetas de desventuras.

Toda sensatez es poca al abordar un problema como éste. Parece más que oportuno recordar cuál es la doctrina y la actitud de la Iglesia, expresada constante y reiteradamente por sus más autorizados exponentes: los Padres de la Iglesia, los Concilios, el Catecismo y el Papa.

En las palabras que dirigió, muy recientemente, durante la visita *ad limina*, a los obispos de las diócesis vascas, Juan Pablo II reiteró así esta doctrina:

Algunas de vuestras diócesis padecen desde hace años el sufrimiento de repetidos atentados terroristas contra la vida y la

libertad de las personas. Sigo con mucho dolor estos trágicos acontecimientos y con vosotros quiero expresar de nuevo la condena más rotunda y sin paliativos de estas injustificadas agresiones. ¡Enseñad el camino del perdón, de la convivencia fraterna y solidaria y de la justicia, que son los verdaderos fundamentos para la paz y la prosperidad de los pueblos! Pido a los cristianos que colaboren del mejor modo posible en la extirpación de la violencia, y hago un llamamiento, en nombre de Dios, a los terroristas que renuncien a la violencia como pretexto de acción y de reivindicación política.

Cuando Juan Pablo II visitó Loyola, en 1982, abordó con más profundidad este grave problema:

Sois un pueblo rico en valores cristianos, humanos y culturales... Sé que vivís momentos difíciles. Conozco el esfuerzo de vuestras Iglesias locales por dar una orientación cristiana a vuestra vida. Os aliento de corazón en ese esfuerzo, y en el que realizáis a favor de la reconciliación de los espíritus. La iglesia es, y debe ser siempre, signo y sacramento de reconciliación de Cristo. No puedo menos de pensar especialmente en vuestros jóvenes. ¡Tantos han vivido ideales grandes y han realizado obras admirables!; en el pasado y en el presente. Son la gran mayoría. Pero hay también, desgraciadamente, quienes se dejan tentar por ideologías materialistas y de violencia. Querría deciros, con afecto y

firmeza —y mi voz es la de quien ha sufrido personalmente la violencia— que reflexionen en su camino. Que no dejen instrumentalizar su eventual generosidad y altruismo. La violencia no es un medio de construcción. Ofende a Dios, a quien la sufre, y a quien la practica.

Frente a la guerra fratricida en África, como en Agrigento frente a la Mafia, en Irlanda frente al Ira, como en Ayacucho (Perú) frente a Sendero Luminoso, el Papa ha reiterado:

La violencia es inmoral e injustificada. Es, asimismo, la expresión de posiciones políticas y sociales anticuadas. Quienes recorren ese camino sostienen una lucha injusta y antidemocrática. El único camino que conduce realmente a la paz es el camino del respeto, por parte de todos, a los derechos humanos, a las diferencias legítimas y a la función de la ley (Discurso al embajador de Irlanda. 1991)

La violencia es un crimen contra la Humanidad, porque destruye la verdadera construcción de la sociedad. El asesinato es siempre asesinato, sean cuales fueren el móvil y el fin (Homilía en Drogheda, Irlanda. 1979)

De ningún modo se justifica el crimen como camino de liberación. La violencia engendra inexorablemente formas de opresión y de esclavitud, de ordinario más graves que aquellas de las que se pretende liberar (Discurso en Ayacucho, Perú. 1985).